



MISHIYU,

al igual que otros niños, aprendió a andar, a hablar y a temer a la soledad entre las paredes de un orfanato.

Cuando menos lo esperaba, apareció una mujer dispuesta a adoptarlo. Se llamaba Isabel y se presentó como su nueva madre. Sin embargo, para Mishiyu no dejaba de ser una extraña.

MISHIYU



MI SHI YU

Ricardo Alcántara
Rebeca Luciani

CB/182102/NDC/JAN2014



COMBEL
combeleditorial.com

COMBEL

COMBEL

MI

Ricardo Alcántara

SHI

Rebeca Luciani

YU

© 2014, Ricardo Alcántara por el texto | © 2014, Rebeca Luciani por las ilustraciones | Diseño gráfico: Estudi Miquel Puig
© 2014, de esta edición, Combel Editorial, SA | Casp, 79 – 08013 Barcelona | Tel. 902 107 007 | www.combeleditorial.com

Primera edición: enero 2014 | ISBN: 978-84-9825-899-8 | Depósito legal: B-20754-2013 | *Printed in Spain* |
Impreso en Índice, SL | Fluvà, 81-87 – 08019 Barcelona

COMBEL

COMO TODOS LOS NIÑOS,

Mishiyu tenía un padre y una madre. Pero, al igual que unos cuantos, él no los conoció.

Apenas nació, sus padres lo abandonaron. Era una noche fría y oscura.

Lo envolvieron con unos trapos viejos y lo dejaron ante la puerta de una casa.

Al notar el lengüetazo del frío, el niño rompió a llorar.

Y no dejó de hacerlo hasta que los vecinos despertaron.

Llenos de sueño y curiosidad, se asomaron a la calle.

—¿Qué diablos pasa? —se quejaban.

Así descubrieron al niño abandonado.



Como tantos otros niños, Mishiyu fue a parar a un orfanato. Allí comenzó a compartir sus días, la habitación, y a veces la cama, con otros pequeños igual de tristes y rechazados que él.

Al cabo de los meses, también comenzó a compartir sus juegos, sus llantos y sus primeras palabras. Poco después, aprendió a defender lo suyo con uñas y dientes. Allí era preciso espabilar cuanto antes; si no lo hacía, los mayores le quitaban la comida del plato.

Por aquel entonces, descubrió que algunos de sus sueños eran tan malos como el hambre. Claro que nadie le explicó que se llamaban pesadillas. Esos terribles sueños hacían que el pequeño se despertara en medio de la noche presa del terror. En más de una ocasión llegó a gritar, maltratado por el miedo. Nunca encontró una mano cercana que pudiera calmar su desamparo. Poco a poco, sin que nadie intentara remediarlo, Mishiyu se convirtió en un niño solitario, callado, triste, temeroso. Daba la impresión de que se cubría permanentemente con una manta invisible para protegerse del mundo.

Mishiyu no aspiraba a otra cosa, porque no sabía que existía algo más. Para él, el mundo se acababa en las desconchadas paredes del orfanato. Y entre aquellos muros se sentía indefenso y desgraciado.





Ya había cumplido cuatro años cuando sucedió lo que jamás se hubiera atrevido a imaginar. Alguien llegó al orfanato con el firme propósito de llevárselo.

Tras muchos trámites y una espera casi interminable, Isabel lo había conseguido: había podido adoptar a Mishiyu.

Sentada en la sala de espera, aguardando a que le entregaran al niño, Isabel notaba que todo su cuerpo temblaba. Llevaba años esperando ese momento, por eso se enfadaba consigo misma. «En vez de estar nerviosa, debería estar contenta» se decía una y otra vez, tratando de convencerse. Ella lo intentaba, pero su cuerpo no le hacía caso. «Él también siempre hace lo que quiere», pensó, y la idea le hizo gracia, pues le pareció oír la voz de su padre.

Él siempre le decía: «Hija, eres muy testaruda. Siempre haces lo que quieres», y no le faltaba razón. Siendo una niña, sus padres la inscribieron en una academia para que aprendiera *ballet*. Ella iba sin protestar, pero, en cuanto podía, se escapaba y se iba a jugar a la pelota con sus amigos. El fútbol le resultaba mucho más divertido que estar en equilibrio sobre la punta de los pies.

Cuando llegó el momento de escoger una carrera, sus padres trataron de ayudarla en la elección.

–Podrías estudiar para ser profesora o maestra, se te dan muy bien los niños –le sugirieron.

Ella no les hizo caso. Tenía muy claro que deseaba ser periodista deportiva y hacia ese oficio se encaminó.

Tiempo después, durante una comida familiar, comentó a sus padres que pensaba adoptar un hijo. Al principio ellos no reaccionaron; se quedaron serios, pálidos, sin palabras. Cuando consiguieron superar la sorpresa, no dudaron en decirle:

–No sabes lo que dices. ¿Cómo se te ocurre tener un hijo, si ni siquiera tienes pareja? ¡Es un disparate! Tienes que quitarte esa idea de la cabeza. Isabel lo intentó, pero no pudo. Cada parte de su cuerpo deseaba tener un niño y se negaba a cambiar de idea, de modo que no tuvo otra alternativa que iniciar los trámites de adopción.





Ahora, tras tantos años, impedimentos, broncas y sinsabores, el momento había llegado. Ella, en vez de saltar de alegría, se sentía tan asustada como si avanzara a altas horas de la noche por una calle solitaria, tenebrosa y oscura. De pronto la habían asaltado infinidad de miedos que le provocaban una terrible inseguridad. Eso era algo muy extraño en ella, pues solía ser una mujer valiente y decidida. No sabía cómo controlar sus emociones ni cómo tratar al pequeño.